

**Judith Podlubne, *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*
Rosario, Beatriz Viterbo, 2012, 368 páginas.¹**

Con el tono de una confesión al comienzo del libro Judith Podlubne explica: “La respuesta de Pezzoni retomaba el entusiasmo de Bianco por las diferencias, pero se abstenía de inscribirlas en un marco más amplio y trascendente. Algo de ese ánimo disociador, que con tono provocativo transmitían sus afirmaciones, siguió resonando para mí a lo largo de toda esta investigación y terminó por orientar su desarrollo, según pude advertir tiempo después” (p. 12). Sospecho que estas palabras encierran una declaración de principios que atañe tanto a la construcción del objeto crítico como a la definición de una perspectiva de lectura impulsada por ese ánimo disociador que Judith reconoce en las declaraciones de Bianco primero y de Pezzoni después. Su interés en leer las diferencias la lleva a construir un objeto crítico que por estar basado menos “en el contexto bien establecido de los entendimientos ideológicos que en las discrepancias literarias” coloca al grupo y a la revista en un “terreno inestable del que se desprendería una serie de interrogantes”. Así como lo anuncia el título tan lacónico como expresivo, en *Escritores de Sur* se trata de hacer foco en la dimensión literaria de la revista, decisión que se revela como acertadísima si pensamos en que al seguir las líneas del debate literario se debe la posibilidad de trazar una cartografía donde se vislumbra un nuevo ordenamiento. Correlativamente el énfasis puesto en los debates literarios lleva a cuestionar la idea extendida entre la crítica de *Sur* acerca de la primacía que le corresponde al acuerdo ético/ideológico sobre las diferencias literarias.

La investigación avanza entonces sobre aspectos todavía inexplorados y a partir de proponerse precisar lo que hasta el momento la crítica reconocía de un modo difuso como “líneas contrapuestas”. Valiéndose del concepto barthesiano de moral de la forma literaria, Podlubne advierte que en rigor son dos morales divergentes las que convivieron y polemizaron en la revista: la humanista, predominante durante los años treinta y defendida por Mallea, Victoria, Guillermo de Torre y la formalista que despunta en la década siguiente con Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares. Pero además traza el recorrido de las divergencias entre ambas morales, negándose a una perspectiva simplificadora que interpreta como momentos sucesivos lo que en verdad es un proceso dinámico y complejo, para identificar luego en el mapa resultante cuáles son los lugares que en efecto ocupan Mallea y Borges como referentes de la moral humanista y formalista respectivamente.

En relación al lugar que le corresponde a Borges en la década del cuarenta, una preocupación que se recorta como central en la primera parte del libro, Podlubne apunta a problematizar, o más precisamente, a refutar la tesis de que en la década del cuarenta *Sur* fue la revista de Borges, defendida por la crítica reciente, advirtiendo que el malentendido se origina en la identificación del notable y visible incremento de sus participaciones en la revista como signo de que ganó la partida. Contrariamente, Judith demuestra que la primera mitad de esta década representa el período de mayor tensión entre las dos morales, a través de examinar con lucidez tres episodios a los que considera fundamentales y que lo tienen a Borges como protagonista: el prólogo de *La invención de Morel* publicado en 1940, el desagravio a Borges que impulsa *Sur* en ocasión de que, en 1942, se le negara el premio nacional a *El jardín de los senderos que se bifurcan* y el debate “Moral y literatura” organizado por la revista en 1945. Resulta particularmente interesante el modo en que, a partir de la reconstrucción de las intervenciones, se va configurando la escena del disenso.

En los casos particulares de la primera y la última intervención, el análisis se detiene en las estrategias retóricas que emplea Borges en el contexto de lo que Podlubne define con Alberto Giordano como “poética de combate”, cuyo interés está menos encauzado a definir una preceptiva que a impactar contra las pautas de valoración instituidas dentro y fuera de *Sur*. En este sentido Judith se propone demostrar el carácter interesado de la lectura de Borges a partir de leer el prólogo al libro de Bioy Casares en relación con el debate sobre la novela y advertir acerca de cuál es el sentido de esta intervención marcada por cierto uso intencional de las tesis de Ortega y Gasset sobre el género. La poética del combate se despliega cuando Borges simplifica los argumentos del español, confundiendo intencionalmente dos modalidades diferentes y hasta opuestas, como son la novela psicológica defendida por éste y la versión humanista cuyo referente principal es Mallea, o cuando para refutar las tesis de Ortega y Gasset se sostiene sin esfuerzos argumentativos en las mismas antinomias propuestas por el ensayista refutado. “El nombre de Ortega y una versión simplificada de su pensamiento —concluye Podlubne— le brindan a Borges un ámbito privilegiado para reaccionar contra el concepto de arte literario que impera en la revista sin verse obligado a comprometer a sus responsables directos” (p. 72), y para pegarle un tiro por

¹ Se reproduce el texto leído como presentación del libro por María Celia Vázquez el 8 de junio de 2012 en los Altos de Librería Ross, Rosario.

elevación a Mallea, al intentar socavar la centralidad que ocupa su novelística en un momento en el que, por otra parte, acaba de publicar *La bahía del silencio*. En cuanto al debate “Moral y literatura”, el análisis demuestra que Borges recurre a la misma estrategia elusiva dado que evita la confrontación directa por vía del acuerdo ideológico; la prédica contra el nacionalismo literario le permite no manifestarse acerca del valor moral de la literatura, que es la cuestión principal del debate, aunque ya no necesita arremeter contra Mallea. A mediados de la década del cuarenta, la versión sin fisuras de la moral humanista que el autor de *La bahía del silencio* defiende a rajatabla, a través de la “resistencia a considerar la dimensión formal de la literatura como un orden distinto de la dimensión moral”, ha perdido vigencia en el marco del acuerdo en torno a “la subordinación de lo estético a la moral y a la limitación de lo específico literario al arte de escribir bien” alcanzado entre la mayoría de los participantes. Ambos principios, por lo demás, están explicitados en los mismos términos en que se formula el debate. No obstante, advierte Podlubne, el desplazamiento de Mallea no significa la centralidad de Borges ni el triunfo de la moral formalista: “la defensa de la irreductibilidad de la literatura que sus enunciados entredicen de un modo sesgado y precavido” expresan la distancia que mantiene Borges de los criterios predominantes y en torno a los cuales se sella el acuerdo.

En el caso del desagravio, el análisis además de continuar socavando la tesis del lugar central de Borges en la década del cuarenta, apunta específica y temáticamente contra la idea del consenso, un aspecto que sobrevuela todo el libro pero en el que además deja verse la ética crítica de Podlubne recostada sobre lo que Alan Badiou piensa como *perspectiva negativa o diferencial* cuando se pregunta qué es un siglo. Para la perspectiva negativa o diferencial el presente de una época se define menos por el espíritu unitario que inspira sus enunciados que por la irreparable inestabilidad que los afecta y disemina. Consecuentemente, Judith explora las líneas del disenso y en este punto a Badiou se suma Jacques Rancière, para quien la idea de disenso operaría como la condición (el reaseguro) del carácter inestable de una época, en la medida en que no se confunde con el conflicto de ideas sino que compromete “una organización de lo sensible en la que no hay realidad oculta bajo las apariencias, ni régimen único de presentación y de interpretación de lo dado que imponga a todos su evidencia. Por eso —agrega— toda situación [puede ser] hendida en su interior, reconfigurada bajo otro régimen de percepción y de significación [...]” (*El lector emancipado*, 2010, p. 51). En línea con estos postulados teóricos subraya la década del cuarenta como un período particularmente álgido, durante el cual Borges despliega con mayor intensidad sus diferencias con los valores establecidos, piensa en la escaramuza contra Amado Alonso o la crítica oblicua a Roger Caillois. Pero el análisis del desagravio también le permite demostrar que las tensiones no proceden solo del lado de Borges. Una lectura atenta a los entredichos y las tensiones como la de Judith interroga las intervenciones de los participantes proclives a la moral humanista para hacerles decir lo que explícitamente no dicen (porque estratégicamente no pueden) para mostrar que la escena del disenso, en este caso, se monta a través del ejercicio de una lectura doblemente torsionada; los lectores proclives a la moral humanista leen la obra de Borges a contrapelo de la moral que la anima, es decir, “apelando no sólo a interpretaciones trascendentes de sus temas metafísicos sino también a interpretaciones estilísticas de sus cualidades expresivas” (p. 116), pero además y aun cuando torsionen, como efectivamente lo hacen, la literatura de Borges, al leerla resignan algo de sus propias convicciones. De estas distorsiones, la autora extrae algunas conclusiones que refuerzan la intención disolvente del consenso, ya que a través del análisis puede comprobar que el desagravio responde sobre todo a una necesidad estratégica (la de reaccionar contra el nacionalismo literario), por tanto, el consenso es reactivo y se establece en torno a un enemigo común, y no a creencias y valores literarios compartidos.

En la segunda parte del libro, se mantienen los mismos presupuestos e hipótesis de la primera pero extendidos al estudio de los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo. Con el mismo ánimo disolvente de acuerdos a los que encuentra más débiles que lo que la crítica pretende, problematiza ciertas tesis frecuentadas por los lectores de *Sur* que no identifican correctamente cuáles son los límites del consenso. En este sentido, por ejemplo, discute la afirmación de John King acerca del acuerdo entre Bianco y Mallea y precisa que este se circunscribe al plano ideológico. La lectura a contrapelo de la idea del acuerdo generalizado la hace reparar en las objeciones que Bianco dispara al corazón del programa narrativo de Mallea, un aspecto invisible para King y su teoría de las dos etapas de la revista.

No obstante estas líneas de continuidad, la lectura cambia de objeto al desplazarse del plano de los debates (aunque en el caso de Bianco también se detiene en sus intervenciones críticas) al de la literatura de los inicios en el caso de los escritores elegidos. La segunda parte del libro, entonces, avanza en una línea complementaria a través de la cual se hace visible el modo en que las morales literarias se manifiestan en los textos propiamente dichos, o de otra manera, reconstruye los inicios literarios de estos escritores en el contexto de los debates que se desarrollan en la revista, para concluir que: “Mientras la de Bianco realizó una suerte de movimiento centrípeto hacia *Sur* y se integró en la dirección conciliatoria en que se había establecido el acuerdo de “Moral y literatura”, la narrativa de Silvina Ocampo se dejó llevar

por un impulso centrífugo que abrió, a fuerza de indiferencia más que por deliberación, una perspectiva heterogénea a las determinaciones de Sur” (p. 25).

Particularmente en el caso de Bianco, se interna de un modo más profundo en el debate sobre la preceptiva de la novela, analiza la figura del escritor crítico que se perfila tanto en sus ficciones como en las intervenciones críticas y se detiene a examinar los vínculos problemáticos entre la literatura y lo real. La lectura de Silvina Ocampo, en cambio, se apoya en la tesis de que su obra abrió una alternativa al antagonismo entre las morales literarias de *Sur*, por ende, se orienta a explorar en qué consiste la singularidad que dejó en suspenso los criterios dominantes en la revista e inventó valores nuevos. Podlubne ensaya con la perspicacia y la lucidez que la distinguen, una lectura en clave blanchotiana a partir de la cual indaga la extrañeza de la voz narrativa como la deriva de lo que se sustrae a la identificación, irreductible a su realización discursiva y que permanece siempre indeterminada. También repara en la idea de sujeto onírico que deja entredecirse en la reseña del primer libro de Silvina que escribe Victoria, para luego ver allí el espectro de la imagen de escritora. Finalmente, cuando lee a Silvina, a la lucidez que despliega en todo el libro hay que sumarle el plus que aporta la fruición literaria, el placer que experimenta la crítica cuando trabaja con los textos que más le gustan.

Para terminar, quisiera asegurarme de que quede clarísimo el entusiasmo que me provocó la lectura de *Escritores de Sur*, un libro al que encuentro imprescindible tanto por su potencia crítica, siempre dispuesta a problematizar y complejizar lo que lee, como por la moral de la forma que busca afirmarse a través de un estilo con sello de escritora.

María Celia Vázquez